

El lenguaje de los signos

Mercedes Torre Roldán

Todo cuanto venía a mi cabeza eran signos... de interrogación, de exclamación. En cuestión de segundos, a esos signos se les iban enlazando palabras sueltas, inconexas: ¿cómo?, ¡A mí!, ¿quién?, ¿por qué?, ¡madre!, ¿llamo?, ¡prisa!, ¡AYUDA! Solo fueron necesarios dos minutos de caminata y el recorrido de una parada de metro para que mis neuronas fuesen dando orden a ese caos lingüístico. En cuanto subí por las escaleras del suburbano y los rayos de luz impactaron sobre mi cara como agujas, comencé a hilar mis pensamientos.

–Tengo que llamar a mi madre –pensé–. ¿Por qué me ha ocurrido esto a mí? ¡Debo actuar con rapidez!, pero ¿qué hago ahora? No sé dónde acudir, a quien preguntar. Necesitaba ayuda... ¡ayuda! ¡ayuda!

No había tiempo para lágrimas. Tenía que ordenar mis ideas. Me encontraba en la calle, yendo y viniendo por un mismo espacio de la acera. La gente me golpeaba mientras intentaban avanzar; tropezaban conmigo en mi titubeante ir y venir. No me molestaban sus topetazos; de repente, todos ellos eran mis héroes. Eran personas sanas (al menos, yo pensaba eso), sumergidas en su rutina diaria. ¿Quiénes éramos mi tumor y yo para interponernos en su camino? ¿Cómo podía pretender que esos transeúntes alteraran un segundo de sus vidas para prestarme atención? Al fin y al cabo, no llevaba un cartel que indicara: «¡Atención! Persona enferma; no se acerquen, puede ser mortal».

–No quiero ni una lágrima –espeté a mi madre por teléfono, mientras mis ojos se humedecían. Era extraña esa sensación de bienestar que me inundaba pensando: «Ya he cubierto mi cupo familiar de cáncer; si alguien lo tenía que padecer, nadie mejor que yo». Me he repetido esa frase miles de veces. Aun hoy lo sigo haciendo cuando intento buscar un sentido a esta enfermedad. Acudí a la reunión de trabajo que me aguardaba, cerca del hospital, intentado hacerme la fuerte. ¿A quién se le ocurría convocar una reunión un viernes 13, de diciembre del año 2013?

La vida parecía continuar, a pesar de mí. Recuerdo el camino de vuelta a casa, de pie, en un atestado tren de cercanías. Sentía la necesidad de que alguien me cediera el asiento, ya que flaqueaban mis fuerzas, pero, ¿por qué? ¿Qué había cambiado entre el viaje de ida al hospital y el de vuelta? ¿Quién era yo para pensar que un radical giro en mi vida, producido en un lapso de tres horas, me hiciera merecedora de un acomodado retorno a casa? Miraba las caras de las personas que me rodeaban y pensaba: «¿quién sabe qué dramas se esconden detrás de ellas? Lo mío no es lo más importante, ni lo más grave. Realmente, no tengo porqué morirme. ¿Cómo va a acabar conmigo esta enfermedad en pleno siglo XXI?». No estaba todavía preparada para aceptar las pérdidas que más tarde se irían produciendo... Más interrogaciones, más exclamaciones. Mi cabeza estaba a punto de estallar.

Los cinco días siguientes transcurrieron a gran velocidad. Yo levitaba entre consultas y pruebas médicas; se trataba de una carrera contrarreloj. Tenía la sensación de que alguien quería ponerme a prueba. Si era capaz de llegar a tiempo a todas las citas, sin marearme, sin dolor, sin sentir, sin llorar... ¡entonces habría ganado la mitad de la batalla! ¡Qué ilusa era! Mi nueva vida no hacía más que empezar.

Veinte de diciembre, habitación trece del hospital... ¡otra vez el trece! En cuatro días llegaría la Nochebuena. ¿Llegaría yo?

–Desnúdese, póngase la bata y métase en la cama –dijo la enfermera–. Mi madre me miraba con miedo, aunque aparentando tranquilidad. Yo no pensaba en nada. De repente, comencé a ver el techo moviéndose sobre mi cama. «Qué prisa lleva este celador», pensé. Tampoco era para tanto. ¿Tres?, ¿cuatro? ¡Cuántas personas hay en un quirófano! Sentía muchas manos manoseando mi dañado cuerpo.

–Tranquilícese y piense en algo bonito –me dijo una de esas personas–. Y yo, con los ojos muy abiertos, mirando al foco que tenía sobre mí, empecé a pensar en mis sobrinos; en sus risas; en el amor que sentía por ellos. No quería cerrar los ojos; no quería dejar de verlos.

Medio somnolienta, me desperté en la habitación, junto a mi madre. Me encontraba cansada, pero feliz. De repente, recordé dónde me encontraba y qué me había llevado hasta allí. Y sentí una profunda angustia. Sin hablar, busqué la ventana de la habitación y miré a través de ella, tratando de encontrar un rayo de luz, pero no lo vi. Levanté la sábana que me tapaba, para observar el alcance de la cirugía. Un aparatoso vendaje cubría mi pecho y mi axila izquierda. «¿Ya ha acabado todo?» –me pregunté–. «¿Es este el final? ¿A quién han enviado mi “prueba de vida”?».

Lejos estaba de imaginar el largo y duro camino que todavía me quedaba por recorrer. En mi mente se clavaban, como lanzas, miles de preguntas, que me dolían y no dejaban espacio para otros pensamientos. Y había una única certeza: el cáncer marca el resto de tu vida. Sabía que habría un antes y un después de aquella terrible semana de diciembre; que mi cuerpo quedaría mutilado para siempre, que el miedo me acompañaría como mi sombra. Tenía que ser fuerte, entre otras cosas, porque no tenía otra opción. Y me prometí, en aquellos momentos de debilidad física y psíquica, que de esa experiencia debía salir algo positivo: el ánimo para ayudar a recorrer ese camino a otras personas. Acababa de adquirir una responsabilidad: hacerlas entender el lenguaje de los signos.